

**XIV Asamblea General de la CONFER
Madrid, 14 de noviembre de 2007**

**PASOS DADOS POR LA ORDEN DE LA COMPAÑÍA DE MARIA NUESTRA
SEÑORA EN ÁFRICA A PARTIR DEL CONCILIO VATICANO II**

Henriette Kasomo, odn

Introducción

A. La Compañía de María Nuestra Señora, un Cuerpo Universal

- 1. Como “Comunidad de memoria”, recogemos nuestra travesía de Fe a lo largo de estos años postconciliares.*
- 2. Desde la Fe, signos que nos impulsan hoy a construir futuro*

B. La Compañía de María Nuestra Señora en tierra africana.

- 1. Los orígenes*
- 2. Después del Concilio:*
 - a. Misión- Comunidad- Inserción*
 - b. Formación*
 - c. Economía- dependencia / autofinanciación*
 - d. Inculturación*
- 3. Desafíos a nuestra misión evangelizadora*

Conclusión

INTRODUCCION

En primer lugar quiero expresar mis agradecimientos por la invitación a participar en esta Asamblea. Estoy segura de que recibiré más de lo que puedo compartir, pero deseo con sencillez poner en común lo que ha sido nuestro caminar como Compañía en estos años tan importantes en la historia de la Iglesia.

He organizado mi exposición en dos núcleos: el proceso vivido por la Compañía a nivel universal y en el contexto africano.

Para desarrollar el primer núcleo, me sirvo del contenido de un encuentro que, con motivo de la celebración de los 400 años de aprobación de la Orden por la Iglesia, mantuvimos en Burdeos en mayo de 2007 el Equipo General actual y las personas que habían realizado el servicio como Superioras Generales en la Compañía de María y en la Societé de Jésus Christ, una Congregación recientemente fusionada a la nuestra. El objetivo era mirar juntas la historia que entre todas hemos ido tejiendo desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días. Se trataba de:

leer en clave de fe los signos a través de los cuales Dios nos ha ido conduciendo,
agradecer lo que en cada etapa del camino fuimos recogiendo,
contemplar el modo como se fueron encadenando los distintos períodos de gobierno, cómo lo vivido prepara el paso siguiente,
descubrir en el hoy los signos por los que Dios nos sigue hablando y en los que sentimos que están los gérmenes de vida hacia el futuro....

Lo profundizado en este encuentro nos puede dar luz para ahondar en el tema que nos ocupa.

El segundo núcleo lo abordo desde mi experiencia personal como religiosa africana. He contado también para la elaboración con el testimonio de otras hermanas que también han vivido el proceso postconciliar en este contexto.

A. LA COMPAÑIA DE MARIA NUESTRA SEÑORA, UN CUERPO UNIVERSAL

La Compañía de María Nuestra Señora nace en Burdeos en 1607. Fundada por una mujer, Juana de Lestonnac, es la primera Orden religiosa femenina dedicada a la educación. Educar a las jóvenes conjugando el binomio virtud y ciencia, piedad y letras, de manera que pudieran ser agentes de cambio en la sociedad del siglo XVII, era el objetivo fundamental de la nueva Orden. Hoy cuatrocientos años más tarde, nos encontramos con una Compañía enriquecida por el paso del tiempo y por su inculturación en diferentes contextos. La presencia en veintiséis países de cuatro continentes: Europa, América, África y Asia, nos hace sentir con fuerza la riqueza y posibilidades que hoy, en este comienzo del siglo XXI, encierra la universalidad.

1. Como “Comunidad de memoria”, recogemos nuestra travesía de Fe a lo largo de estos años postconciliares

El contexto socio político y eclesial en tiempo del Concilio Vaticano II nos habla de una época en efervescencia. Nos encontramos ante un cambio vertiginoso, como un mar agitado por las olas, en el que coexisten dos maneras de estar: escapar o detenerse, quedarse al margen de la historia o introducirse en esa corriente del nuevo viento que soplaba con fuerza.

Una primera mirada a estos años, como Compañía de María, nos permite afirmar que nos lanzamos a realizar la travesía, una travesía que puede asimilarse a aquella del texto de la carta a los Hebreos, en el Capítulo 11, en el que el autor presenta la larga cadena de hombres y mujeres que a lo largo de la historia de salvación fueron instrumentos de Dios porque, sin saber muy bien por qué, se dejaron conducir por él.

Al profundizar en la historia de estos 40 años, desde esta clave, podemos afirmar que lo vivido, se ha constituido en la historia de nuestra fe; animadas por la fe, hemos ido haciendo el camino, orientadas por las personas que en cada etapa Dios ha ido suscitando para conducir nuestro caminar.

Con cada una de ellas, en su momento, podemos decir:

Por la fe, desde antes del Concilio, la Compañía intuyó que Dios la llamaba a traspasar fronteras y a implantar su Carisma en el Continente Africano (1948) y en el lejano Oriente (1956) y con sabiduría y apertura de corazón abrió caminos en aquellas tierras.

Por la fe, con sentido eclesial y en espíritu de obediencia, acogimos la invitación a realizar la Unión de toda las Comunidades que conformaban la Compañía (1956), en ese momento aún algunas de ellas permanecían como monasterios autónomos. Un hecho que nos preparaba para hacer realidad la invitación del Concilio a la Iglesia: abrir puertas y dejar entrar aires nuevos.

Por la fe, animadas por ese espíritu, escuchamos en profundidad la llamada a renovarnos y a soñar una vida religiosa más acorde con los tiempos nuevos que el cambio cultural iba marcando: un sueño que quedó bien plasmado en “Nuestros Decretos”, en los que definimos nuestra identidad como Instituto Apostólico, y que nos acompañó en los primeros años de la transición.

Por la fe, muchas fuimos dejando los grandes conventos y nos abrimos a formas nuevas de vivir comunitariamente en el mundo, en contacto con los dolores, las esperanzas, las aspiraciones y desilusiones de ese mundo marcado por la pobreza y la injusticia, que nos confrontaba de muchas maneras.

Por la fe, mantuvimos nuestros esfuerzos por ser fieles, a pesar de nuestros propios fallos e incoherencias, de nuestras infidelidades y desvíos y de nuestra dificultad para lograr la paciencia histórica que los tiempos pedían.

Por la fe, sostenidas por la relectura de nuestras fuentes y por el testimonio de quienes nos habían precedido, plasmamos de nuevo en nuestras Constituciones lo que sentíamos como llamada de Dios para mantenernos fieles al Carisma recibido, y acogimos con gozo la confirmación de la Iglesia que daba su aprobación a ese nuevo proyecto.

Por la fe, fuimos aceptando con dolor, y muchas veces con perplejidad, la disminución numérica que venimos experimentando y la consiguiente baja en

cuanto a posibilidades de abarcar y sostener todo lo que en muchos años habíamos ido construyendo... fue así como, sostenidas por la fe y en actitud humilde, no sin dificultad, emprendimos procesos de planificación para adaptar la misión a las posibilidades reales y para permitir que el Espíritu nos mostrara nuevas formas de llevar esa misión con otros y otras.

Por la fe comprendimos, desde el Evangelio, el sentido de la muerte violenta de una de nuestras hermanas a causa de su compromiso en la defensa de los derechos de los más pobres en su búsqueda incansable de justicia, y entendimos que desde ese compromiso se hace más real nuestro seguimiento de Jesús.

Por la fe asumimos, intentando comprender, la decisión de un grupo de nuestras hermanas de separarse del conjunto, porque sentía que su fidelidad iba por otros rumbos y tenía que seguir apoyada en las estructuras que en otros tiempos las sostuvieron. Hoy seguimos haciendo caminos paralelos, con la certeza de que Dios, que no se contradice, también tiene aquí su palabra para nosotras.

Por la fe, fuimos sintiendo la necesidad de trazar líneas y definir criterios que marcaran la formación de las jóvenes, ayudándoles a forjarse como mujeres al estilo de María y de Juana de Lestonnac; mujeres cimentadas en una espiritualidad fuerte y con una sólida preparación intelectual, que pudieran mantenerse firmes en su camino de seguimiento al Señor, en medio de la agitación y la exigencia de estos tiempos, sostenidas por comunidades de hermanas que comparten una misma vocación.

Por la fe, nos hicimos más conscientes de la pluralidad de contextos en los que realizamos la misión, de la necesidad de mantener los ojos abiertos para descubrir y vivir la diversidad como riqueza, y para constatar en nuestra propia experiencia, cómo el Evangelio es buena noticia para las diferentes culturas que ya tienen en sí mismas, semillas del Reino.

Por la fe, decidimos unir fuerzas entre nosotras y con los laicos, y llegamos a la fusión de otra comunidad religiosa, que desde el mismo espíritu Ignaciano que nos anima y el mismo deseo de seguir al Señor y de construir su Reino, se ofrecían, con todo lo que eran y tenían, para tender con nosotras hacia “un más” generador de vida para todas. Juntas seguimos hoy haciendo el camino convencidas de que Aquel que ha comenzado esta obra la llevará adelante.

Por la fe, seguimos aceptando el reto de la reestructuración y unión de Provincias, que nos exige ensanchar el corazón para sentirnos Cuerpo Universal, en libertad y disponibilidad, y vivir lo que, como exigencia nueva de estos tiempos, volvimos a expresar en nuestras Constituciones al decir que nuestra vocación es para vivir en cualquier parte del mundo donde podamos ser más útiles para el Reino.

Por la fe, hemos podido trazar una trayectoria de 400 años y celebrar hoy agradecidas la fidelidad de Dios que ha permanecido con nosotras, nos ha probado de muchas maneras, nos ha sostenido y nos ha enseñado a caminar guiadas por sus signos. En ese caminar a tientas a veces, nos sentimos animadas por esa gran nube de testigos que han ganado el combate de la fe y han recibido ya la corona de los vencedores (Cfr. 2 Tim. 4,7-8).

2. Desde la fe, signos que nos impulsan hoy a construir futuro

Esta lectura de fe nos ha llevado, como a María, a ponderar en el corazón las grandes obras que el Señor ha realizado en nosotras y nos ha hecho más sensibles para descubrir, en lo que Dios nos regaló en el pasado, *los signos que siguen marcando caminos de vida hacia el futuro* y que nos sentimos llamadas a renovar en este presente:

a. Un intento continuado y perseverante de vivir la radicalidad en el seguimiento de Jesús, según el espíritu de nuestras Constituciones. En este sentido:

- intensificar la atención a la formación inicial y permanente.
- formarnos sobre todo en el discernimiento como espíritu que nos lleva a buscar y hallar a Dios en todo, y como forma de vivir una obediencia activa y responsable.
- cultivar una vida interior intensa para mantener la tónica espiritual que se requiere para ser fieles al camino elegido.

b. La valoración de cada persona, la atención a su crecimiento humano y espiritual en todas las etapas de la vida; el cuidado de las comunidades apostólicas como lugar privilegiado de formación permanente y el alimentar el sentirnos implicadas en un Cuerpo Apostólico Universal que nos necesita fuertes y disponibles.

c. La revitalización constante de nuestra misión de evangelización como educadoras y la atención a los campos que venimos privilegiando en los últimos años: la juventud, la mujer, la familia. En este sentido:

- mantener la dimensión de universalidad y atender de manera especial la misión en esos campos o regiones que aparecen hoy más necesitados de nuestra entrega: los excluidos e inmigrantes, las periferias de nuestras grandes ciudades, las regiones más necesitadas de nuestra presencia humanizadora-evangélica: África, el Medio y el Lejano Oriente
- seguir impulsando la formación de los laicos en el Carisma y espiritualidad de la Compañía y el trabajo conjunto con ellos, en corresponsabilidad, así como su integración efectiva en los diferentes puestos de responsabilidad de las obras, sin miedo a lo que podamos perder y conscientes de todo lo que con ello podemos ganar
- reforzar la vinculación con otras Congregaciones y buscar juntas caminos de futuro para la misión común que tenemos en la Iglesia.

d. Seguir potenciando la Fundación Internacional de Solidaridad Compañía de María (FISC) como plataforma para despertar y hacer efectivo el sentido de solidaridad, en este mundo fuertemente afectado por la globalización y para fortalecer el compromiso por la justicia y la promoción de los Derechos Humanos; potenciar también el Fondo de Solidaridad que como Congregación tenemos a nivel interno (FIS-ODN) como cauce de solidaridad entre nosotras y como medio para hacernos más conscientes de que los bienes que tenemos en cada Provincia son bienes de la Compañía; potenciar también este sentido a nivel de las obras de cada Provincia.

e. Seguir promoviendo una dinámica de aprendizaje y compartir mutuo. Acoger lo que cada contexto de la Compañía puede aportar al conjunto.

f. Seguir ejerciendo la misión fundamental del gobierno que es animar, orientar y promover la participación y el discernimiento, ayudando a que se tomen decisiones a tiempo, con la conciencia de que en ello se está comprometiendo el futuro.

Hacer memoria, volver a pasar lo vivido por el corazón, y poderlo hacer desde la seguridad de que Dios ha estado con nosotros, “renueva nuestro ánimo para seguir corriendo con paciencia la carrera que tenemos por delante, con los ojos fijos en Jesús, el consumidor de nuestra fe, el que nos pone siempre delante una meta tras la que seguimos avanzando, igual que nuestros antepasados, como si viéramos al invisible”. (Cfr. Heb. 12,1-2)

B. La Compañía de María en tierra africana

1. Los orígenes

Teniendo en cuenta todo lo que precede, en esta segunda parte intento poner de relieve lo relacionado más específicamente con África. La primera fundación de la Compañía de María en este Continente data de 1948 y se realizó en el Congo Belga. Como expresábamos anteriormente, ya antes del Concilio, quizá porque es algo que forma parte de nuestras raíces, intuimos la llamada a traspasar fronteras para implantar el carisma de la Compañía allí donde las necesidades de educación eran apremiantes.

Si nos preguntamos cómo se vivió el Concilio en estas “nuevas tierras” y las repercusiones que ha tenido hasta la actualidad, la similitud con Europa es grande. Nuestras misioneras procedían de allí, que era donde se iban viviendo las transformaciones y los cambios en la vida religiosa con más fuerza.

Podemos decir que entre 1948 y 1960 las misioneras vivieron la mayor parte del tiempo, aunque con matices según el contexto, una vida religiosa muy semejante a la que habían dejado en Europa. En un primer momento la única plataforma de evangelización o de misión en África eran las escuelas, a lo largo de estos años vemos cómo las religiosas se van abriendo a la atención sanitaria y educación para la salud y, progresivamente, al campo del “desarrollo social”, éste último se convertirá en una de las actividades más importantes en tierras de misión.

La misión educativa de la Compañía, vivida desde campos diferentes, es un signo de apertura al Espíritu que, desde nuestros inicios en el Continente Africano, orienta la acción misionera en comunión con la Iglesia local, preocupada por una formación y una mejora de las condiciones de vida del pueblo, y una evangelización integral de la persona. La “tradicción oral” nos dice que Monseñor Henri Piérard, obispo (Vicario, porque esa zona del Congo era entonces un Vicariato) en el momento de la fundación de la primera casa de la Compañía, decía:

“Mientras no eduquemos a la mujer y a través de ella a la familia, el Cristianismo no tendrá raíces sólidas en esta región”.

Esta es la razón por la que quiso una congregación que se ocupara de la educación de las jóvenes autóctonas. En esa época existían ya escuelas para

los varones al lado de aquellas destinadas a los hijos e hijas de los colonos y los “inmatriculados”, “les évolués”.

Las primeras misioneras llegaron a Mulo el 10 de diciembre de 1948. En enero de 1949 se abre la primera escuela dedicada a las niñas y en 1954 ponen en marcha la primera Escuela Normal en el Vicariato de Beni-Butembo para jóvenes autóctonas.

En enero de 1961, en un momento de gran tensión después de la independencia, empiezan el Postulantado en la Compañía las primeras cinco jóvenes Africanas. Todas ellas son antiguas alumnas de la escuela Normal y ya habían trabajado algunos años como maestras. Un acontecimiento singular a diferentes niveles: en cuanto a la *historia*, respecto a la *cultura* del medio, en relación a un *cristianismo reciente* y al lugar de la *mujer* y su papel en la sociedad de la época. En julio de 1963 hacen sus Primeros Votos, compartiendo la vida y misión con sus hermanas misioneras.

La correspondencia entre la Superiora del Congo y la General de la época revela ciertos elementos de la preparación, la reflexión y el diálogo que estuvieron en la base de este acontecimiento. A través de ella podemos descubrir aspectos que coinciden con el espíritu del Concilio:

En una carta dirigida a la Superiora del Congo, la M. General decía:

“Mi idea es que esas jóvenes sean verdaderas religiosas de la Compañía de María, pero que se formen allí, sin pensar en venir a Europa, si no es por razón de estudios o por otros motivos que puedan presentarse más tarde. Quisiera decirles que van a seguir completamente nuestra vida, con nuestras mismas Reglas, sin ninguna mitigación.”

Esta claridad de miras, favoreció el que, desde el principio, la formación de las religiosas jóvenes estuviera estrechamente vinculada a la inserción en el medio poniendo, de alguna manera, las bases para la inculturación de la Congregación en tierra africana y dejando a la vez una puerta abierta para ampliar la formación y tener experiencias en otros países según las necesidades.

En la misma correspondencia, la General escribe:

“Que no haya entre ellas ninguna diferencia de clase y para esto, que todas aprendan a hacer de todo... las que no puedan dar clases, podrán ayudar en otras actividades con las alumnas... sin descuidar los trabajos domésticos...”

Esta perspectiva de la acogida sin discriminación alguna de las Africanas en la Congregación, lleva también a plantearse la cuestión sobre la condición de las religiosas misioneras que estaban en el país. “*Que no haya ninguna diferencia de clases...*” era una llamada a cambiar lo que se estaba viviendo, la existencia dentro de la Congregación, de religiosas con rangos diferentes: Hermanas coadjutoras y Madres.

2. La Compañía en África después del Concilio Vaticano II

La Compañía en África es el resultado de un largo discernimiento, realizado en un contexto no propicio para facilitar el nacimiento de este Proyecto desde diferentes vertientes:

La situación política -corrían los años sesentas -, con las Independencias de varios países del continente y sus consecuencias económicas y sociales.

El descubrimiento de la identidad nacional, con la exaltación de todo lo africano, facilitaba el acceso a las proposiciones de lo que fuese propiamente africano y, como consecuencia, no se veía “oportuno” la creación de un noviciado de una Orden internacional. Era más fácil reforzar lo que ya existía: noviciados y casas de formación de congregaciones diocesanas.

La guerra declarada en varios periodos y de guerrillas limitadas a ciertas regiones y comarcas obligaron a dispersar durante varios meses a las novicias, cerrar las comunidades del norte del país y refugiarnos en las del sur... Todo o casi todo eran dificultades.

Las cinco primeras africanas que entran en la Compañía y las que les siguieron, fueron muy conscientes de esta realidad y, sin embargo, optaron “a contracorriente” por esta Congregación y abrieron las puertas de la Compañía a otras muchas que vendrían más tarde.

Podemos expresar, creo que con objetividad, que la Compañía de María en África nació “contra viento y marea”. Somos fruto de un discernimiento en el que las intuiciones de las misioneras de aquel tiempo, en diálogo con el Gobierno General, se entrelazan con el espíritu del Concilio Vaticano II como principio orientador y motor de la evangelización.

Presento algunos rasgos de lo que fueron esos años y de cómo el espíritu del Concilio, con lo que implicaba de renovación de la Vida Religiosa y apertura al “mundo”, marcó nuestra vida.

a. Comunidad-misión- inserción

Dos elementos influyeron fundamentalmente en esta renovación: Las llamadas que surgían a medida que leíamos y profundizábamos los Documentos del Concilio, algunos en particular, y nuestros propios documentos: Decretos, Capítulo General de 1969, (en Seo de Urgel)... Por otra parte, la llegada de jóvenes misioneras impregnadas del ideal de vivir la radicalidad en el seguimiento de Jesús, estando más cerca de la gente, más *insertas entre el pueblo*. Según ellas, había que salir de las primeras casas-conventos que, por muy sencillas que fueran, contrastaban con la pobreza de la población y estaban demasiado separadas de ella. Nos urgían a vivir en medio de la gente, con un estilo de vida más sencillo, más pobre, haciéndonos más cercanas...

Esos deseos e iniciativas encontraron la acogida y el apoyo, tanto por parte de las misioneras más antiguas como de las hermanas africanas. A la luz del espíritu del Concilio se multiplicaron los encuentros, los diálogos y las confrontaciones entre nosotras, así como la relación con la Iglesia local. Todo ello, con los discernimientos necesarios, llevó a la creación de nuevas fundaciones que nos acercaron a la situación del pueblo e hicieron realidad una vida más sencilla, más pobre, colaborando en pie de igualdad con los laicos o con otras Congregaciones, sin llevar necesariamente la dirección de la obra.

Como siempre que se abren horizontes nuevos, en este proceso nos encontramos con posturas de apoyo y actitudes de desacuerdo, de impulso y de freno... Con intuiciones y certezas. Sufrimos y gozamos. Contamos con ejemplos concretos que lo expresan:

« Al llegar a Mulo, a principios de 1974, me encontré con una comunidad muy estructurada hacia el interior de ella misma y de cara a la misión. La gente acudía a la puerta del patio de la comunidad, acudía a nosotras, y nosotras éramos las que teníamos, sabíamos, dábamos, decidíamos... Nuestra casa estaba lejos de cómo vivía la gente. Y yo me preguntaba: he venido a anunciar el amor del Padre a estos hombres y mujeres, cómo puedo seguir orando todos los días, mientras vivo "tan lejos" de mis hermanos por los que he venido?

En esta experiencia espiritual encontré la comprensión y acompañamiento de la Provincial, me expresó que otras también sentían esta llamada y nos puso a disposición del Obispo, Mgr. Emmanuel Kataliko, quien nos indicó la zona hacia la que la gente se desplazaba y donde no había presencia eclesial.

La Provincial nos dijo a las que conformábamos el grupo que fue a fundar, que no nos entendía totalmente, pero que nos apoyaría hasta el final... y pudimos contar con ella para todo.

En el lugar nuevo sentíamos que nuestra vida religiosa era otra cosa. Nos encontrábamos menos potentes, más débiles, más cercanas a la gente, más receptoras... Nos planteábamos cómo vivir entre el pueblo la radicalidad del evangelio... »

“Contrariamente un Obispo nos expulsó de su diócesis a otra religiosa y a mí porque, después de discernirlo con la comunidad y con la Provincial, nos solidarizamos con la huelga que hacían nuestros compañeros de la escuela que llevaban varios meses sin cobrar su sueldo. Este hecho nos costó la salida de la diócesis en veinticuatro horas, sin comunicar nada a la gente para que no se levantara contra el Obispo...”

Junto a estas presencias de vida entre los más pobres, otras obras: escuelas, centros de salud, hospitales, centros de formación de adultos, atención a niños mal nutridos, etc... seguían estructuralmente como en el pasado. Sin embargo, en todos los casos, se vivía el deseo de no estar "arriba", de ser con los laicos, con el pueblo...

Según el testimonio de las actas o síntesis de los encuentros provinciales, el diálogo entre nosotras, la información, la reflexión común, la confrontación... fueron elementos que nos ayudaron a aprender a vivir como hermanas y a tomar conciencia de la riqueza que entraña la diferencia. Algunas experiencias lo ratifican:

“El hecho de haber sido durante muchos años comunidades internacionales, lo hemos vivido como una riqueza. En los primeros encuentros como provincia: asambleas anuales, capítulo... lo que dominaba era una mayoría de europeas, españolas sobre todo, y eran ellas las que hablaban, quizá porque las españolas hablaban deprisa, con viveza, y nosotras estábamos todavía poco acostumbradas a tomar la palabra en público y éramos más lentas. Poco a poco, el número de africanas aumenta, “el color” de la provincia va cambiando... cada hermana va dando su palabra...”

Una Hermana misionera nos dice: “Recuerdo una Asamblea en la que estábamos tratando el tema de la relación con la familia y la ayuda a aportar en caso de necesidad. Fueron las africanas las que nos pidieron, con todo el cariño y simpatía pero también con toda libertad, que les dejáramos discutir entre ellas solas. Salimos de la sala de reuniones, sorprendidas y felices de ver que eran bien capaces de decidir, de comunicar, de proponer... Las conclusiones a las que llegaron y las líneas de acción que se tomaron, fueron quizá más exigentes que las que hubiéramos propuesto desde una visión más europea”.

Fue también en el postconcilio cuando empezamos a hablar del Proyecto Comunitario. No se trataba solamente de tener el Evangelio y las

Constituciones como referencia de vida, sino que cada comunidad tenía la tarea de concretar las líneas de acción y los compromisos, según la situación del lugar, de la misión, de sus exigencias. Uno de nuestros Decretos: “Comunión de vida” nos dinamizó fuertemente hacia una vida más compartida, más fraterna.

Hoy, cuando nuestras comunidades están compuestas “casi” exclusivamente por hermanas africanas, de las 118 profesas sólo quedan 4 europeas, “estar con” y “ser con”, engloba actitudes importantes de escucha, acogida, comprensión, respeto mutuo, solidaridad, compasión y definen nuestro ser comunidad para la misión. Todas las estructuras desde las que realizamos nuestra tarea educativa intentan estar abiertas a las necesidades de la gente. Se vive la solidaridad con el pueblo en el día a día a través de todo lo que toca a la vida, las circunstancias de alegría o de pena son lugares de cita del dar y del recibir de una manera natural, sin cálculos.

b. La formación

No tengo referencias que me permitan comparar la formación en la Compañía antes y después del Concilio porque las religiosas africanas somos hijas del Vaticano II. Tengo que reconocer que sé muy poco de lo que era la Compañía antes del Concilio, en cambio puedo muy bien recordar lo que vivimos y descubrimos durante nuestra formación.

Sobre las bases de una formación intelectual adecuada al momento histórico, la Compañía nos formó en libertad y en una sana autonomía para llegar al pleno desarrollo de nuestra personalidad y todo orientado al seguimiento de Jesús y al servicio a los hermanos; una dinámica que nos marcó y nos dejó la tarea de seguir formándonos durante toda la vida.

Profundizar en los valores comunitarios que tiene nuestro pueblo africano, nos enseñó a no idealizarlos sino a evangelizarlos: a ir despojándolos de las consecuencias del miedo, a ubicar los lazos familiares en un lugar justo, a ampliar la solidaridad, a desarrollar nuestra adhesión a lo universal... Lo multicultural, vivido en nuestras comunidades desde el principio, nos ha ayudado a formarnos mutuamente y a ir comprendiendo progresivamente que la diferencia bien entendida y asumida es una riqueza.

Como africanas nos vemos reflejadas en muchos pasajes del Antiguo Testamento: el sentido de clan, la acogida, el compartir, la interrelación con la naturaleza y con la tierra... Sin negar lo que somos, lo que fueron nuestros antepasados y sintiéndonos orgullosas de ello, en la Compañía se nos formó para encontrarnos con el Jesús del Evangelio y aceptar con entusiasmo ser sus compañeras de camino, hacer el mismo camino que El hizo.

Nuestra espiritualidad, basada en la dinámica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, es nuestra referencia desde el noviciado: el discernimiento, descubrir a Dios en todas las cosas, el “magis”... Se nos hizo familiar no solo con estos términos sino sobre todo por su práctica, nos fue estructurando por dentro.

El Concilio impulsó la formación de la vida religiosa y la Compañía se benefició de ello. El estudio y reflexión sobre los documentos del Concilio y

sobre las orientaciones que llegaban de la Compañía y de la Iglesia local para ponerlas en práctica supusieron toda una renovación espiritual y de nuestros estilos de vida.

Otro aspecto que considero importante resaltar es la formación intercongregacional. Las etapas de formación en la Vida Religiosa propiamente dicha: postulante, noviciado y juniorado, se hacían y se siguen realizando en coordinación con diferentes Congregaciones, una experiencia que prepara para una colaboración futura en la misión y también enriquece como escuela de interculturalidad. Algunos Seminarios diocesanos también abrieron sus puertas a la formación de religiosas en Filosofía y Teología, lo que permite ampliar las posibilidades a la hora de elegir el lugar de formación, sin necesidad de salir del país o del continente.

c. Economía: dependencia / autofinanciación

Si contemplar el aspecto económico es importante siempre, lo es de manera más urgente en estas Iglesias jóvenes de los países empobrecidos de África, necesitados de medios para continuar anunciando el Evangelio y para levantar la dignidad de la persona “mettre l’homme debout”. La financiación es la gran preocupación de las Iglesias de África, de las Diócesis y de las Congregaciones religiosas.

La comunión entre las Iglesias y al interior de las congregaciones, las ayudas recibidas a través de diferentes organismos y de personas sensibles a esta situación, nos permiten continuar nuestra misión y nuestra vida. Su ayuda no nos falta ni nos ha faltado nunca, pero seguimos sin resignarnos a que la Iglesia de África tenga que depender eternamente de la ayuda exterior en países en los que teóricamente contaría con recursos suficientes para su propio desarrollo.

En el Congo hubo un tiempo, muy corto, en el que el gobierno pagaba un pequeño sueldo a los profesores, hoy el Estado no paga nada a nadie, todos conocéis esta realidad... Para vivir y para mantener las obras necesitamos la ayuda externa, y esta dependencia nos pesa. En nuestra Provincia de la Compañía de África este ha sido el tema de muchas reflexiones y de muchos encuentros. Hemos hecho muchos intentos para lograr algunos medios de autofinanciación: a través del trabajo agrícola como ayuda para nuestra propia subsistencia y de otras alternativas. Sin embargo la mayor parte de las veces estos intentos se han visto fracasados por la situación de guerra, de inseguridad, por el robo, por la propia miseria de los que nos rodean, por las dificultades de comunicación... Esta es nuestra experiencia y la de la mayor parte de las Congregaciones.

Nuestra dependencia para subsistir es una evidencia que cuesta, sin embargo también podemos expresar que nuestra dependencia ha dado origen a diferentes formas de solidaridad interna que hace posible la vida de las religiosas y la continuidad de la misión en África y en otros países también necesitados. En la Compañía contamos con dos organizaciones que potencian la solidaridad: el Fondo ODN y la Fundación de Solidaridad Compañía de María (FISC). La primera para todo lo relacionado con la vida de las religiosas (subsistencia, formación, etc.); la segunda promueve el apoyo a los proyectos apostólicos y es cauce de sensibilización y de educación para la justicia. Este

año, en el marco de la celebración del Cuarto Centenario, la puesta en marcha de un nuevo proyecto apostólico en África ha movilizad la solidaridad de toda la Compañía de María: obras, amigos, colaboradores, comunidades religiosas, otros organismos, actividades de la FISC... Nuestra Madre General, Beatriz Acosta Mesa, decía en el Congreso internacional de educación que hemos celebrado recientemente en México:

“Ha sido un tiempo en el que nos hemos unido para trabajar por los mismos objetivos, el proyecto MOBOKOLI, plataforma educativa en Kinshasa, quedará también como un testimonio de la trascendencia que le hemos querido dar a las celebraciones y seguirá recordándonos que la fe tiene sentido si se busca hacer posible la justicia, la solidaridad y la paz en nuestro mundo».

Las Africanas decimos en nuestro lenguaje que “MOBOKOLI” es el BEBE nacido de la solidaridad del Cuerpo Compañía de María, confiado a la Provincia de África Central para su crecimiento y su desarrollo para que, a su vez, sea portador de vida.

d. La inculturación

Otra de las grandes inquietudes, y no la menor, de la Iglesia de África y en ella de la Vida religiosa, ha sido y sigue siendo la de la inculturación: inculturación del mensaje cristiano, inculturación de la vida religiosa e inculturación en múltiples campos.

El Congo, como la mayor parte de los países africanos después de las independencias, busca su propia personalidad “perdida” durante la colonización. La independencia política no basta y hay que ir logrando la independencia cultural y económica. Pero eso llevará mucho más tiempo. Es en este marco- simplificando mucho la realidad- que el Congo inicia, desde los años 1971 en adelante, la política de “l’authenticité”, con las aplicaciones concretas en la nacionalización y la zaïrianización (el Congo se llamaba entonces ZAÏRE). La filosofía de la autenticidad encontró una acogida por parte del pueblo congolés en múltiples facetas, aunque luego derivó hacia líneas más radicales que enfrentaron al gobierno con la Iglesia.

De todas esas crisis, la fe de los cristianos salió fortalecida y el pueblo se implicó en una búsqueda de “formas nuevas”, más adaptadas a la vida africana. Es el momento en el que van naciendo las “Shirikas”, “las Communautés Chrétienues Vivantes” (CCV), como una manera de vivir la fe cristiana, desde las raíces mismas del ser africano, en la familia, en el barrio... Todo busca la manera de hacerse “más auténtico”: la fe, la vida y también la Vida religiosa.

Nos encontramos con *nuevas situaciones*: la toma de conciencia creciente de la injusticia social, la pérdida de confianza en los políticos, la toma de conciencia del papel de los laicos, la formación de las CCV, el fenómeno de la urbanización creciente, la inseguridad cada vez mayor que lleva con frecuencia a una cierta dimisión y a la resignación... *desafíos* que nos exigen una constante creatividad y nos plantean diferentes cuestiones:

- o cómo encarnar el mensaje en ese contexto
- o cual será el perfil del apóstol de mañana en esta África en mutación
- o qué forma de vida religiosa responderá mejor a estas necesidades
- o y nosotras, Compañía de María, cómo responderemos

En el año 1981, de las 68 religiosas de la Provincia, 30 son Africanas. La formación se perfila como una prioridad para todas, Africanas y Europeas. Para las más jóvenes es una llamada a comprometerse en la reflexión y en el compromiso y para las antiguas y nuevas misioneras, una llamada a acompañar, a vivir en espíritu de fe y de servicio, aportando experiencia, sabiduría, entusiasmo, inquietud y celo apostólico y sobre todo, como la mejor contribución a esta formación, la vida de fraternidad. En este ambiente se forja día a día un espíritu intercultural, poniendo al servicio del bien común los talentos de unas y de otras, buscando juntas ese estilo de vida religiosa según el querer de Dios. Y todo esto en un discernimiento continuo.

En 1986, la Provincia cuenta con un total de 83 miembros, 51 son Africanas: 17 profesas, 16 junioras, 9 novicias y 9 postulantes, y 32 Europeas. El grupo de personas en formación representa el 43%, una provincia en pleno crecimiento. La provincia se “africaniza”, con todo lo que esto conlleva de exigencia para la formación y para que la africanización se haga de una forma progresiva y real: en *el estilo de vida, en la misión, en la atribución de responsabilidades*... Las hermanas africanas habían estado presentes en el gobierno de la provincia desde hacía años, también en responsabilidades de formación, administración, en la dirección de obras... En 1985 se nombra la primera provincial africana.

En las comunidades el deseo de inculturación se traduce en el esfuerzo por vivir una vida comunitaria intercultural, con sus luces y sus sombras. La incidencia de la inculturación en nuestra misión se hace realidad progresivamente, en la transformación de nuestras mentalidades y en el deseo de vivir desde dentro las preocupaciones e inquietudes de la Iglesia y del pueblo. Y se traduce en líneas concretas, tales como la atención a la formación de los y las laicas que comparten la misión con nosotras y la orientación sobre cómo gestionar la ayuda exterior, los dos aspectos esenciales para la continuidad de nuestras obras y tareas.

Las guerras sucesivas, la inseguridad y las dificultades vividas han hecho más real nuestro deseo de “estar y ser con”. Sucesivas veces hemos tenido que salir de casa con lo que llevamos puesto, pasando noches y días a la intemperie, compartiendo con el pueblo las mismas dificultades y los mismos temores. El saqueo de las comunidades y la destrucción de obras nos han obligado a abandonar la misión durante un tiempo y volver a partir de cero, como tantas familias. En otros momentos, hemos podido acoger y proteger en nuestras casas a personas y a familias en peligro, sin distinción de origen, ni de raza, ni de partido, arriesgando también nuestras vidas.

En 1996, al inicio de la guerra del Congo, las comunidades que estaban en el centro del conflicto, después de un discernimiento comunitario, optaron por quedarse con el pueblo en vez de salir hacia otras comunidades en donde les ofrecían acogida. Para todas, esa decisión fue vivida como gracia.

Sin embargo tenemos que reconocer que después de cada guerra, de cada saqueo, de cada desgracia vivida junto al pueblo, nuestra vida continúa. El apoyo congregacional nos posibilita “el ciento por uno” aquí en esta tierra, lo que no evita el cuestionarnos, discernir y continuar abriéndonos a la conversión.

3. DESAFÍOS A NUESTRA MISIÓN EVANGELIZADORA

Las reflexiones anteriores nos abren a este tema. Después de haber hablado de la evolución vivida durante estos cuarenta años después del Concilio, mi intervención sería incompleta si no les compartiera qué llamadas sentimos hoy como Vida Religiosa en África, este continente pobre y empobrecido en muchas cosas, pero rico en otras.

Abordar algunos de los desafíos que nos presenta la evangelización de la Iglesia en África en este momento es una manera de expresar que continuamos el camino, que las llamadas que despertó el Concilio siguen siendo horizonte e impulso.

a. Inculturación del mensaje con discernimiento

Nos preguntamos cómo vivir hoy la fe cristiana con la sensibilidad de la cultura africana en circunstancias difíciles. En este marco, hay muchos campos para explorar y tomar en consideración: noviazgo y matrimonio, concepción de la muerte y de la vida después de la muerte, relación con los bienes materiales, organización social, etc. ¿Cómo puede inculturarse la fe cristiana en estas diferentes concepciones? ¿Cómo amar a Dios y sentirse amado por El, estando en una miseria sin nombre? ¿Cómo conceder el perdón a los verdugos en tiempo de guerra cuando se ha perdido un familiar o se han sufrido daños humanos y materiales irreparables? ¿Cómo no envidiar el éxito del otro cuando uno se siente muy limitado y ve que la solidaridad clánica tiende a desaparecer?

Se constata también una pérdida del sentido del pecado ante Dios, ante la sociedad y ante uno mismo. Se considera pecado si alguien te ha visto, te ha cogido “in fraganti” y si no, no hay falta, aunque haya muerte o robo o mentira...

La inculturación es un proceso lento que abraza toda la vida misionera, es un proceso continuo, nunca un producto terminado.

b. Educación de una fe que se exprese como conciencia crítica y profética

Una fe que ilumine todos los aspectos de la vida. Podemos decir que en este momento las bellas liturgias de nuestras iglesias no bastan, aunque reconozcamos su valor como expresión de una fe viva inserta en las culturas. No bastan porque queda pendiente *el desafío de que la fe incida en la realidad y la transforme.*

Son numerosos los políticos africanos que se dicen cristianos o creyentes. ¿Cómo explicar entonces la pobreza, si no la miseria, que cubre los pueblos explotados por las potencias exteriores en connivencia con las autoridades africanas locales? Y ¿por qué estas guerras no terminan, con las consecuencias tan nefastas que tienen, cuando la mayoría de la población está contra ellas?

c. Formación bíblica que fundamente la fe y posibilite el diálogo con credos diferentes

El secretariado del Sínodo de los Obispos en el 'Instrumentum laboris': Iglesia y su misión evangelizadora hacia el 2000. "Vosotros seréis mis testigos" (Act. 1,8), ya tomó en consideración el fenómeno de las sectas que persiste y se diría que incluso aumenta en intensidad. El documento plantea con objetividad que el diálogo con estas sectas es a menudo difícil a causa del fundamentalismo inflexible o de un proselitismo agresivo. Sin embargo, nos invita como cristianos a buscar cómo mantener la reflexión sencilla y humana con nuestros hermanos de las sectas.

Señala también cómo, al estar sostenidas económicamente desde el exterior, estas sectas encuentran fácilmente un terreno favorable en sociedades a menudo dominadas por la pobreza, la miseria, la manipulación... Por esto se comprende que la evangelización debe también velar por el bienestar y la formación integral de las personas no para atraer adeptos, sino para ayudar a la persona a ser libre en sus elecciones...

Todo ello nos llama a la formación, a una formación bíblica que fundamente la fe y haga posible el diálogo con credos diferentes, que evite interpretaciones abusivas y nocivas, muy extendidas hoy en ciertos medios africanos. "Ecclesia in Afrique" hace una llamada a los responsables de la pastoral: "deberán analizar la naturaleza de la inculturación del cristianismo en África, su capacidad de constituir comunidades eclesiales dinámicas, el papel del laicado, la respuesta a cuestiones vitales planteadas por el sufrimiento, la enfermedad y la muerte..."

d. Una formación integral e integradora. El trinomio: Educación-instrucción-formación

Más que nunca, en África, la educación, la instrucción y la formación han de ir unidas en la perspectiva de una nueva evangelización que permita luchar contra la ignorancia, desarrollar la inteligencia y formar para una fe adulta y responsable. Subrayo también, desde aquí, la opción por los jóvenes, la familia y la mujer.

▪ *La juventud* debe continuar siendo uno de los campos privilegiados para la Iglesia de África

Es necesario privilegiar la escuela con una pedagogía adecuada al joven de hoy para que no se repitan las historias que constatamos en los actuales responsables de la sociedad, algunos de ellos antiguos alumnos de nuestros centros escolares, que cometen injusticias con el pueblo y con nosotros mismos.

Privilegiar una educación para el diálogo, que permita vivir y construir juntos, en las sociedades conflictivas y multiculturales de este momento. De ahí la importancia de la tolerancia, del reconocimiento del otro en su particularidad, de una educación que desarrolle en la persona la capacidad de ver que en la diversidad y con las divergencias se puede construir un futuro humano. El Evangelio nos ofrece una serie de ejemplos en su relación con el entorno, con frecuencia hostil a su enseñanza: la curación en sábado de la mujer encorvada (Lc 13, 10-17), la Samaritana (Jn 4,1-41)...

▪ *La familia* es otra realidad que es importante tener en cuenta. La Iglesia Africana ha adoptado, con justeza, este nombre de "Iglesia-Familia". Pero los valores de la familia, en otros tiempos tan importantes en África, se están

erosionando. Sabemos que el desarraigo de las familias trastorna tanto el sentido moral como el sentido de la estabilidad de las personas.

Las guerras sucesivas y su generalización, han traído como consecuencia, una progresión alarmante de la pobreza, esto hace que la inestabilidad de la célula familiar sea aún mayor. Es necesaria una evangelización que responda a esta nueva situación.

▪ La mujer

La mujer ha venido desempeñando a lo largo de los siglos un papel fundamental, aunque quizá en la mayor parte de los casos no ha sido visible y, por razones históricas, poco reconocido.

Hoy más que nunca, en este momento de crisis, el papel de la mujer en la sociedad y en la iglesia es fundamental, necesitará por tanto una educación y una instrucción de calidad para seguir realizando, asumiendo y mejorando lo que ella ha hecho germinar. Una educación solidaria, justa, basada en el valor de la persona, en la que se enfatizan los valores humanistas del evangelio. Una educación comunitaria en la que todos se educan juntos, respetando las diferencias.

d. Permanecer, sin ceder a la resignación, en un compromiso maduro por la paz y la justicia

La importancia de este desafío se desprende de lo desarrollado en los puntos precedentes, sobre todo al señalar en diferentes momentos la situación de crisis generalizada. En muchos países la voz de la Iglesia es a veces la única que denuncia las acciones de los políticos que dominan muchas poblaciones.

Es evidente que los autores y colaboradores de la explotación no ven con buenos ojos esta manera de actuar de los agentes de la evangelización. Esto explica a veces ciertas críticas no fundadas, al mismo tiempo que hay que reconocer las limitaciones.

Por esta razón una buena preparación en el campo de las ciencias políticas y sociales es necesaria, a la par que unas bases teológicas sólidas, sobre todo para que aquellos que deben trabajar directamente en el desarrollo de la población puedan dar testimonio de una fe viva. Y, junto a esto, seguir creyendo que el futuro de África está en el amor y no en las guerras, el Papa Benedicto XVI, en su Encíclica *Deus caritas est*, n° 19, subraya la primacía del amor.

e. Alimentar el imperativo: no dejar morir, cuidar la vida, defenderla, hacerla crecer...

En la realidad africana esto es un desafío fundamental. Es necesario desplegar todos los esfuerzos por hacer posible una evangelización capaz de poner “a la persona humana en pie”, de forma que pueda vivir mejor y tender la mano a sus hermanos. Tomar conciencia de su compromiso en el cuidado y defensa de la creación.

CONCLUSION

El tema propuesto es muy amplio y muy interesante, por eso soy consciente de no haber expresado nada más que algo de lo vivido. Estoy agradecida de

haber tenido esta oportunidad de tomar un tiempo para contemplar la obra realizada por el Señor en la vida religiosa de África durante los últimos cuarenta años.

El camino que queda es todavía largo, pero viendo lo ya realizado y sabiendo en quien hemos puesto nuestra confianza, estamos seguras que su gracia nos acompaña y nos acompañará como personas y como Instituciones en los años venideros.